

COBRA

CAPÍTULO CUATRO⁵¹

AK WELSAPAR⁵²

*Duerme, pequeño, el río fluye jubiloso
hacia un paraíso.
El pez amarillo que atrapas
se convierte en una cobra entre tus
manos*

Canción de cuna

*Esta noche también tú, Tierra,
estuviste firme,
y con renovados bríos alientas a mis
pies.*

Johann Wolfgang von Goethe

⁵¹ Welsapar, Ak. *Kobra*. Bok-förlaget Tranan. Estocolmo, Suecia. 2011. Traducción al español de Santiago Hoyos.

⁵² Periodista, poeta y novelista turcomano.

Sobre el autor y su novela

Ak Welsapar nació en 1956 en Turkmenistán, una de las cinco ex repúblicas Soviéticas de Asia Central. Es periodista, poeta y novelista. Vive exiliado en Suecia

a raíz de las denuncias a la crisis ambiental que sufrió su país desde los tiempos de la URSS hasta la dictadura actual, producida por el monocultivo de algodón y el uso de pesticidas, que han afectado la población de niños y mujeres embarazadas. Un gran crítico del autoritarismo, ha sido víctima de censura, quema pública de libros, amenazas de muerte y arrestos domiciliarios por cuenta del fallecido dictador Saparmurát Niyazov. Ganador de reconocimientos internacionales de periodismo, narrativa y poesía, Ak Welsapar figura como una gran promesa de la literatura mundial. *Cobra*, escrita originalmente en turcomano en 2003 y traducida al sueco en 2011, más que una invitación a conocer el mundo possoviético de Turkmenistán, es un agudo análisis de la psicología de los megalómanos en el poder. Una lectura recomendada en tiempos de turbulencias políticas.

Capítulo cuatro

Cobra odiaba los caballos de hierro. Vomitaban tufos nauseabundos por sus fauces, matando despiadadamente a sus congéneres. Los envenenaban y golpeaban hasta borrar de ellos el más mínimo rastro de humedad. En el desierto nadie podía escapar de la catástrofe. Cobra entendió que no podía tolerar más violencia y que debía poner fin a la orgía sangrienta. Al medio día se arrastró hasta el camino que lleva al pueblo y se fue directo hacia allí. Reptó buscando terrenos seguros e inhóspitos por el camino frecuentemente obstruido por montones de basura y drenajes repletos de agua estancada. Los desechos formaban un anillo alrededor de la ciudad, que empezó en las áreas habitadas por humanos y que luego se extendió por la estepa y el desierto. El hedor de los charcos enfurecía a Cobra. Como fiel representante de los ofidios, levantaba la parte delantera de su cuerpo y desplegaba de su cuello lo que parecía un par de costillas, formando un capuchón amenazante... Sin embargo, estos canales pestilentes le fueron útiles de vez en cuando. Nunca perdía la oportunidad de deleitarse con exquisitos animales que llegaban a tomar agua. Él, silencioso, muy silencioso, se deslizaba por el

desagüe, bien oculto entre las cañas. Andaba sobre el borde del canal, a un lado del agua salada y amarga que lo llenaba hasta el tope... Y allí, cerca de los charcos, encontraba ratas y ratones multiplicándose entre los juncos y malezas. Eran mucho más gordos y lentos que los de la estepa, y no requería de ninguna habilidad o fuerza especial para capturarlos.

Cobra se despidió del desierto en el extremo norte de la ciudad, donde la arena limita con los sembrados. Levantó alto la cabeza y llevó atrás su capuchón, haciendo un barrido con sus ojos de cobre, orgullosos y compasivos. Ahora se arrastraba con mucha más precaución, aunque no había un alma a la vista. Solo en la distancia, como en un espejismo o en medio de la niebla, algunas personas se tambaleaban a lo largo del camino que conducía a la ciudad. Y mucho más cerca, a tan solo un tiro de piedra, serpenteaba una carretera por donde los grandes y ruidosos vehículos se perseguían unos a otros. Cobra volvió su mirada fría hacia el desierto y notó su estado miserable. Para los ojos del reptil había poca diferencia entre el desierto y la ruidosa carretera. “La belleza realmente puede salvar al mundo”, se leía en su mirada, “¿pero quién salvará a la belleza?”.

En la cacería de petróleo y gas natural, las máquinas enormes contaminaban el desierto con el humo que emitían. Todo el año aplastaban y destruían aquel vientre dador de vida, dejando estéril a la arena infinita, alguna vez cubierta por frondosos saxaules⁵³. Kilómetros y kilómetros de paraísos arruinados; y con ellos, sus habitantes. La catástrofe creció día tras día, hasta que la hora X se acercó para todas las criaturas del arenoso continente. En vez de reproducirse, el número de moradores descendió en el desierto y su hábitat se redujo irremediablemente hasta el límite de su existencia.

Ahora, al comienzo del otoño, para muchos habitantes del desierto –incluyendo a Cobra– se acercaba el descanso invernal; y el señor de las arenas se percató de que no había un solo refugio adecuado para hibernar en aquella extensión inacabable. Presa del pánico, la bestia corrió por todos lados, pero a donde iba se encontraba con el monstruo de hierro y su desagradable olor, produciéndole una angustia mortal. El

⁵³ Arbusto desértico de madera pesada y esponjosa, extendido desde el Mar Caspio hasta el Gobi.

insomnio se suspendía sobre él como una espada de Damocles. Y a esta criatura orgullosa, que hasta ahora se había mantenido al margen de toda miseria, que había preferido gobernar invisible desde la arena, manifestando su presencia rara vez, la embargaba una profunda preocupación: ¿A dónde ir? ¿Qué hacer?

Como tantas veces, Cobra observó el desierto con su mirada compasiva. El antiguo hogar de muchos de sus parientes ya no podía ayudarlo; ni a Cobra, ni a ninguno de sus habitantes. Solo podía ayudarse a sí mismo. El triste Cobra se arrastraba por las dunas y las llanuras por donde tantas generaciones de su especie nacieron y crecieron, y ahora se sumían en un santo temor.

Sí, toda esa región se caía a pedazos. Si las serpientes pudieran llorar, sus ojos (esos que la gente asocia con un frío sepulcral), derramarían las más amargas lágrimas imaginables, tan grandes como gotas de ámbar. Tampoco él pudo hacerlo, y por eso expresó su dolor inagotable como lo hicieron sus padres y antepasados: levantó el tronco, expandió su capuchón y bufó iracundo. Su boca secretó un ruido aterrador, anunciando la muerte a cualquiera que se arriesgara a hacerle daño.

El sol ardía en lo alto y Cobra se enterró como una flecha en una gran duna de arena. Los pequeños animales que el rey del desierto encontraba a su paso preferían retirarse discretamente y refugiarse en sus madrigueras. Ninguno de los roedores quiso adivinar a dónde iba la serpiente con tanta decisión. Era más importante escapar a tiempo del soberano de las dunas y así salvar la piel.

Cobra todavía no había resuelto a dónde ir. Todo lo que sabía era que el desierto ya no era su hogar. El deseo de saber qué había detrás de los horrores que azotaban las llanuras —eso que antes llamaba hogar—, y quizás también la voluntad de hacer algo para detenerlo, lo llevaron inevitablemente a la ruidosa y absurda multitud.

Cuando predominó la tentación de conocer la verdad, Cobra trazó finalmente su dirección. La firma de un patrón inimitable en la arena apuntaba hacia la vieja ciudad y a sus sótanos húmedos y oscuros. Si no era capaz de averiguar lo que quería, de todas formas podría castigar a los estúpidos por sus actos cometidos; quienes no solo destruían el desierto, sino a sí mismos.

Y sucedió que ese día la ciudad ganó un habitante más. Cobra se convirtió en un ciudadano, como los tantos que llegaban buscando mejor suerte. Muy pronto tuvo la impresión de que la ciudad era aún más siniestra que el desierto desolado. Fue lo mismo cada día: sótanos húmedos y malolientes, ratones lerdos y demás sabandijas que se veía obligado a comer. Mientras tanto, era incapaz de hacer amigos o enemigos, manteniéndose solitario y hostil. Nadie parecía interesado en él, e incluso corría el rumor de que en la ciudad se había aparecido una serpiente venenosa, cuya picadura mataba a una persona con un dolor insoporrible. El cuerpo azul por una mordida de serpiente despertó el miedo entre la multitud. La querían encontrar y matar, aunque lo intentaran en vano. Nadie podía decir que aquel o aquella había visto a la culebra con sus propios ojos y entonces surgió un nuevo rumor: que era difícil de encontrar porque se había convertido en ser humano. Aquellos chismes despertaron un temor primitivo en las personas, un temor latente desde que eran indefensos ante los depredadores y los animales venenosos.

Los habitantes del pueblo se acostumbraron pronto a mirarse con sospechas, como si creyeran ser capaces de reconocer al no-humano que se había refugiado entre ellos... En sus corazones se injertó la desconfianza de todos contra todos, lo cual tranquilizaba a Cobra. Continuó su persecución de humanos todo lo que quiso, e incluso adoptó una forma de hombre que asumía a voluntad. Sin embargo, siguió en forma de serpiente durante el invierno, escondido en sótanos y cavernas, sorprendiendo a la gente de vez en cuando. Durante ese tiempo vivió en muchas casas y patios traseros, donde hacía un ovillo y permanecía por semanas en los almacenes. Después iba a escarbar en la basura cercana a los basares. De hecho, llegó a conocer cada tramo de la ciudad y a sus habitantes, en particular al hombre de cabellos grises que le sonreía desde un retrato omnipresente. Aquel hombre lo seguía todo el tiempo. Era el compañero de Cobra durante sus largas horas en los sótanos pestilentes y oscuros; sobre todo al sentirse amenazado y esconderse detrás de su retrato. Se acostumbró al hombre de pelo gris, pero jamás a los humanos: claramente aborrecía su presencia. Aun así trató de acostumbrarse a su nueva vida en la ciudad. Aunque mirándolos de cerca, los enemigos implacables de las serpientes no parecían tan

terroríficos... ¿Por qué no tratar solo de castigarlos por sus actos y luego desaparecer para siempre?

Él también había tenido sus dudas acerca de ser capaz de realizar esa tarea. Pero después de varios días y noches de reflexión, decidió dejar la incertidumbre irrevocablemente a un lado ¡y asumir la lucha! Para ello tendría que adentrarse en el mundo humano; y antes, considerar con mucho cuidado cómo debía comportarse frente aquellos que no tenían importancia alguna, y ante aquellos en los que tendría que confiar para alcanzar sus objetivos —esas personas que, claramente, tenían tratos con el diablo—. El Maligno operaba de maneras más discretas. Era más hábil que las personas entre quienes se sentía a gusto. La idea de acercarse a los impuros y tener que coexistir con ellos le daba náuseas. Era algo que haría, después de todo, si las circunstancias lo obligaban. Pero era importante no entrar en pánico antes de tiempo. ¿Quiénes eran esos diablitos que se veían todo el tiempo por ahí? ¿Habían surgido de las almas humanas? Él lo averiguaría al entrar en el mundo del Hombre, pero tenía que decidirse primero: estaba hasta el cuello de la vida en los sótanos, ¿y por qué merecía vivir en medio de la putrefacción? No, ¡ya era hora de salir a la luz! ¡Afuera, en libertad! ¡Quienes lo obligaron a abandonar su hogar de arena debían ahora culparse a sí mismos, ahora que salía a defender su existencia! Pensó en dejar las madrigueras y los sótanos fétidos a los escorpiones y tarántulas; y salir al sol, ¡al mundo en el que había nacido!

En primer lugar le urgía ir al bazar, que zumbaba como una colmena atiborrada en el centro del pueblo. Allí, donde toda una generación buscó la felicidad, a veces como amigos y a veces como enemigos de los bolcheviques, ahora se volcaba de cabeza en la economía de mercado.

Antes de ir al bazar salió del pueblo. Se arrastró hacia unas ruinas que permanecían en pie desde los antiguos griegos, los romanos o algunos de sus terribles enemigos: los sultanes del Oriente, orgullosos dueños de esas tierras. Antes de mostrarse entre la gente, debía deshacerse de su piel y aprender a caminar como ellos. No era una tarea sencilla, especialmente después de haber pasado una agotadora hibernación en el subsuelo podrido de las madrigueras. Para vivir entre humanos sin despertar sospechas, debía ser como ellos, al menos en apariencia. En las ruinas, donde se sentía a salvo, Cobra empezó a arrastrarse a un ritmo encarnizado, frotándose

contra los tallos de los sauxales y las espinas. Cuando la piel terminó de salir, levantó alto su cabeza y consiguió ponerse en pie apoyándose en la cola. Salió de una piel que ahora resultaba demasiado estrecha para él... y asumió la forma humana. En aquel lugar desolado había aparecido de repente un hombre alto, delgado, de rostro ancho. Una gran mandíbula bajo la mirada penetrante y gélida de un par de ojos muy juntos y abiertos. Las cejas despobladas, poco pelo en la cabeza. Permaneció indeciso por un rato, con el cuerpo extrañamente retorcido, como si no supiera a dónde ir. Como si realmente no fuera capaz de dar un solo paso.

Las pocas personas que pasaban por ahí notaron la inestable silueta a lo lejos. Lo tomaron por alguien que salió de la carretera para encontrar un lugar apartado dónde atender a las necesidades de su cuerpo. No le prestaron mayor atención. Si hubieran sorprendido al hombre de color tierra que parecía caído del cielo, parado sobre una pila de piel escamosa y fresca de serpiente, tendrían fuertes razones para sospechar que se trataba de aquella criatura que inició tantos rumores... Pero los humanos no eran buenos observadores y Cobra, como un espía, se adentró presto en territorio enemigo. Ocultó la evidencia de las miradas de la gente bajo una mata de hierba del año pasado. Aclaró sus pensamientos para inspirar seguridad: las criaturas calvas de cara redonda, mandíbulas anchas, ojos inusuales, orejas pequeñas y extrañas... ¿no tenían derecho a vivir entre la gente como cualquiera? Para compensar sus rasgos reptiloides, él tenía cualidades que la gente admira normalmente: ¡era alto, ágil y de reflejos rápidos!

Las piernas que le habían crecido del tronco se asentaron firmemente sobre el suelo y el nuevo ser humano miró alrededor. Se quitó el sombrero de moda y pasó muchas veces sus dedos largos por la escasa cabellera. Se desabrochó un botón de su chaqueta recién nueva y aflojó el nudo de la corbata elegante e importada que ahogaba al inexperto. Para atenuar la sensación desagradable en todo su cuerpo se obligó a plantar firmemente los pies y poco a poco empezó a andar. A pesar de las imperfecciones obvias, su forma de caminar era irresistiblemente inspiradora de confianza para los demás transeúntes. Este hombre fino, debidamente vestido a la última moda, dio la impresión de ser un caballero de un futuro brillante. Todos tenían la sensación de que cualquiera le daría una

mano a este tipo enérgico y seguro, con aires de estar convencido de seguir el camino correcto en la vida. Siempre hay personas dispuestas a favorecer a los hombres audaces y persistentes a como dé lugar. Incluso a quienes albergan en el fondo de su corazón una aversión instintiva hacia las personas que están bajo su cuidado, y que susurran que de puro aburrimiento serían capaces de ahogarlos por cualquier insignificancia... La gente actúa así porque probablemente sabe que este tipo de personas escalan las alturas del poder con poco esfuerzo y sorprendente regularidad, y que ejecutan sus planes malévolos sin importar lo que se oponga a ellos. Y al presentarse la ocasión de apoyarlos, ¿lo mejor no es ganarse su favor, por incierto que parezca? Sea como sea, el hombre-cobra pronunció una última burla hacia la gente al llegar hasta un cúmulo de basura putrefacta. “¡Partida de idiotas!”, les dijo, claro y audible. Después salió a la carretera que lleva al pueblo.

Hizo una señal con la mano hacia los carros que pasaban y se detuvo un camión con un fuerte resoplido.

—¿Me podría llevar a la ciudad? Sé que está a tan solo un tiro de piedra, pero estoy exhausto...— bromeó Cobra, para demostrar su dominio del lenguaje humano.

—¡Súbase, hombre!— dijo el conductor, apreciando su capacidad despreocupada de iniciar una conversación.

El hombre serpiente usó sus brazos nuevos para defenderse torpemente del polvo que se arremolinaba a su alrededor. Se subió a la cabina y se sentó junto al chofer. Era un chico de piel oscura y mejillas hundidas en el rostro. El camión se estremeció y arrancó hacia la ciudad humeante.

Cobra notó que el chico lo miraba de reojo y se preguntó si había algo serpentino en su apariencia que lo pudiera delatar. Algo en él que asustara a los humanos. Decidió hablarle.

—Está lloviendo mucho en esta primavera, ¿no? Se van a retrasar mucho las cosechas si esto sigue así...— le dijo, con una penetrante mirada de serpiente.

El conductor no tardó en seguir la conversación:

—A los que cosechan no les va tan mal... A los que manejamos estas porquerías de camiones, sí. ¡Es una maldita desgracia! Se atascan todo el tiempo en el barro y todavía no nos entregan los nuevos. Todo

se va al diablo y nadie sabe qué pasará mañana. Esperamos y esperamos, ¿pero qué? Solo me puedo hacer a la idea de manejar este trasto hasta que les dé la gana de reemplazarlo. ¿Qué carajos pasa aquí? ¡Todo se viene abajo!

Sus palabras despertaron las dudas de la serpiente. ¿Qué quería decir? Si todo “se viene abajo” en el hogar de los humanos, ¿qué podía estar bien en este mundo bajo la luna? ¿Solo aquellos que arruinan los nidos y hogares ajenos?

—¿Cómo dice? ¿“Todo se viene abajo”? ¿Dónde queda entonces la agricultura?

—Ya no hay agricultura. Ahí están los granjeros, pero nada de cosechas. Así de mal está la cosa.

—Hm...— Cobra no se alegraba con lo que oía. —¿Qué pasó con los *koljós* y los *sovjós*⁵⁴? ¿Ya no existen más?

—¡Ni riesgos!— se rió el conductor. —Mientras haya agricultores, habrá *koljós*. Solo ha cambiado el nombre. Querían llamarlos “cooperativas campesinas”, pero lo cambiaron por “asociaciones campesinas”. Aunque un pueblo es un pueblo... ¿Pero es que usted se cayó de la luna, o qué? ¿Vino arrastrándose desde una duna de arena?

Cobra se apresuró a corregir su error rápidamente:

—No, no... nunca he salido del país... Solo he estado aquí, en el desierto... Y esos “agricultores” nos están sacando de allá. La tierra está blanca por la sal y el agua huele a podrido. El desierto no es más que un espacio muerto y su gente se muere de hambre.

El chofer lo apoyó de buena gana:

—¡Eso mismo digo yo! La gente se muere de hambre, ¿pero quién piensa en ellos en estos días? Todo el mundo se lanza al mercado igual que cuando llegó el comunismo y se vaciaron todas las tiendas. Pero no entiendo lo que dice. ¿Cuál gente del desierto? Si habla de las arañas y las serpientes venenosas, ¿no sería mejor que desaparecieran todas?— dijo, mirando furtivamente a su compañero de viaje. —Todos esos reptiles... y

⁵⁴ Los *koljós* (*kollektívnoye jozaystvo*) eran granjas colectivas, organizadas como cooperativas en la Unión Soviética. Los *sovjós* (*Sovetskoye khozyaystvo*), por el contrario, era propiedad del Estado.

arañas... lo único que hacen es picar y morder... viudas negras, escorpiones... ¿Para qué nos sirven? De noche es cuando son peores: Si uno enciende un fuego, ahí están. ¡Por mí que se mueran todos!

—¿Eso lo enfurece?— preguntó la Serpiente, e hizo un gesto largo con su cuerpo sin darse cuenta. —La naturaleza no puede sobrevivir sin ellos.

—Pero claro que puedo sobrevivir sin ellos... Aunque para usted, por lo que veo, es una cuestión de vida o muerte...— dijo, con una risilla.

La Serpiente entendió que estaba yendo muy lejos.

—No, no, qué tal... Digamos que es una cuestión de vida o muerte para mí, que vivo en el desierto y que tengo familia en las montañas (aunque no tenga tiempo de ir a visitarlos). Desde que abrí los ojos he vivido solo en el desierto, y pues mi trabajo...

—Sí, entiendo— dijo el conductor, sin entender nada, asintiendo de todas formas con su cabeza pelinegra. —Bueno, eso es otra cosa... A veces voy al desierto a conseguir ovejas para sacrificar. Conozco a un pastor que vive allá. Y usted que vive en el desierto debe saber que la carne es más barata por esos lados. Es más fresquita. Pero no es para mí... El desierto es muy aburrido. Me dicen Músa⁵⁵. En mi tierra no solemos decir nuestros nombres verdaderos cuando recién conocemos a alguien. A la gente le da miedo que alguien oiga una conversación indebida y la relacionen con su nombre. ¿Cómo se llama?

La Serpiente se puso nerviosa. ¡No había pensado en un nombre humano! ¡Qué negligencia! Debía encontrar uno rápido, pero no se le ocurrió nada y no tenía tiempo de pensar. Con una verdadera reacción de culebra, Cobra tomó una decisión como un relámpago. ¿Músa? ¿Había algo de malo en ese nombre?

—¡Así también me llamo yo: Músa!

—¡Vea usted...!— dijo el conductor, tendiéndole su mano grasosa a la Serpiente para estrechársela otra vez. —Bueno, ya llegamos, tocayo. Yo doy la vuelta aquí, hacia el puente norte. ¿A dónde va?

Cobra no supo qué responder y cambió el tema:

⁵⁵ Moisés.

–Para construir un puente en cualquier lugar, solo basta tener puntos de apoyo... Esta es una ciudad muy vieja, ¿no?

–¡La más vieja!– contestó el conductor, confundido por la respuesta de Cobra. Se puso en marcha, se despidió y siguió por la carretera.

El hombre serpiente se sacudió el polvo y se echó un vistazo para cerciorarse de que todo estaba en orden. ¡Qué metida de pata! ¿Cómo le puede faltar un nombre a un ser humano? Si seguía en ese despiste podría lamentarlo en el futuro y no sería capaz de pasar mucho tiempo entre la gente. Sí... estaba más acostumbrado a arrastrarse en línea recta y ahora debía seguir por un camino sinuoso.

“Un nombre humano, muy bien, ¿qué hago con el apellido? Hm... Debo escoger el más común y que suene agradable... por ejemplo, *Cholí*. Suena bastante bien. *Cholí* significa “el hijo del desierto”. Sí, es todo lo que necesito... Entoncccess te felicccito por tu nuevo apellido... sss... Debesss llevarlo con dignidad...”, susurró para sí, con una buena dosis de ironía.

En ese instante apareció un pasaporte en su bolsillo con el nombre de Músa Cholí. Se alegró al sentir aquel peso agradable en el bolsillo. Hinchó el cuello y levantó la cabeza. Con tono de saber quién era el culpable de todo, se hizo la misma pregunta de todo intelectual: ¿Por dónde empezamos?

Cargada de gran sabiduría, la Serpiente –o Músa Cholí, como decía el pasaporte–, salió al seno humeante de la antigua ciudad para vivir en carne humana los días y los meses más turbulentos de su vida. Frente a él, en medio del polvo y del humo sofocante que emitían los carros y los puestos de comercio (que afectaban el medio ambiente a su manera), estaba la antigua ciudad centroasiática que alguna vez perteneció al Imperio Rojo.

En el Oriente, todos los caminos conducen al bazar. Allá se concentran todas las necesidades e intereses humanos. Es básicamente el único lugar donde todos se las arreglan sin que las autoridades les digan qué tienen que hacer. ¿A dónde más iría Cobra si no era al bazar?

El bazar aullaba ruidosamente, produciendo toda clase de sonidos. Allá se vendía y se compraba todo. Una persona nueva no podría perderselo. En bandejas de muchos colores, en los puestos de mercado,

quioscos, tiendas estatales y establecimientos aledaños, se veían largos retazos de tela verde. Allí estaban escritas las nuevas consignas, compitiendo con las viejas exigencias comunistas en color rojo. La pancarta “¡Que viva la sociedad comunista!” colgaba al lado de otra que decía: “¡Adelante, economía de mercado!”. Colgaban de las paredes con el mismo clavo, aparentemente por cuestiones económicas. De vez en cuando, de las instalaciones del bazar salían algunos sujetos de corbatas negras y delgadas. Eran quienes conservaban el orden entre los vendedores, enseñándoles cómo debían conducir sus negocios y a qué precios vender. A los comerciantes más infortunados los agarraban del cuello del abrigo y los arrastraban hasta un edificio que decía: *Departamento de defensa de la propiedad socialista y del bazar*. Los vendedores salían de ahí medio desnudos, con un afán mayor de continuar con sus negocios. Una hora después, de pura obstinación, aparecían con ropas nuevas y más caras que las viejas. Estaban actuando libremente, tan libremente como prometió un Partido que ya no existía, cuyos dirigentes aún monopolizaban el poder.

A pesar del ruido y la multitud, Músa Cholí atrajo la atención del bazar. Aparentemente era muy distinto a las personas de aquel sitio. Caminaba por el corredor de puestos, indiferente a los productos exhibidos en los estantes parecidos a escaleras. “¿Quién es él? ¿A qué vino? ¿Es un vendedor o un cliente? Mira cómo camina, como serpenteándose... Así no andamos en nuestra región... De pronto viene de las montañas, o del otro lado del mar, o Dios no lo quiera... ¿del *Politburó*⁵⁶?”, susurraban los vendedores al seguirlo con la mirada.

Al no encontrar respuesta a sus preguntas curiosas, la gente concluyó que era sencillamente un recién llegado, un montañés o un visitante de la otra orilla del océano. A Cobra no le importaba la atención que despertaba en ellos. Caminaba en silencio entre los puestos, buscando a una víctima. Finalmente se detuvo al lado de una vendedora, examinó algunos de sus artículos y empezó a murmurarle extrañas insinuaciones y balbuceos que un simple mortal no podía entender.

⁵⁶ Buró Político del Comité Central del Partido Comunista, el máximo órgano de gobierno y dirección en la URSS.

–Sus productos están maravillosos, señorita. Los quiero todos. Tome este dinero– dijo, tendiéndole un fajo de billetes a la vendedora. –Pero no necesito nada. Estos tejidos y baratijas no son importantes para mí. Soy perfectamente feliz sin ellos.

La vendedora lo miró fijamente a sus ojos profundos y muy juntos, invitándolo con su mirada femenina. Al mirarlo se sintió congelada por un segundo. Perdió la compostura y se incorporó rápidamente.

–A aquel que encuentra el camino hacia el corazón de una mujer, no le faltará nada.

–¿De qué me serviría todo eso?– dijo él, leyendo su pensamiento. –Necesito muy poco de todo... incluso de amor. Vengo del desierto, siempre estoy solo... ¿y casarme así no más? Eso no es posible... Sus ojos son las alas de la noche, y penetran hasta el fondo de mis cabellos... ¡es tan difícil resistirla en la cercanía...!

–Usted no habla como nosotros. ¿Viene de otro país? Últimamente ha venido mucha gente parecida a usted por aquí, y nos asustan...

–No tiene por qué sentirse asustada. Mi pronunciación es así porque sufrí de sarampión en la infancia– respondió el desconocido, siseando más por los nervios –no soy ningún extranjero. La verdad es que soy de por aquí...

De pronto notó a una mujer que salía del bazar cargada de bolsas y paquetes. Se apresuró a preguntar:

–¿Podría usted presentarme a esa señora? Es de todo mi gusto...

–No hay problema. Usted sabe: si hay demanda, hay oferta. No olvide que su nombre es Aynabát y que es mi prima. Al cruzar las puertas del bazar, ella doblará a la izquierda y seguirá hacia los rieles del tren. Si espera en el parque, ella vendrá a usted como un venado tímido que llega a beber agua al amanecer... ¡Esa mujer es puro fuego! Pero para que no salga corriendo, usted le dirá: “¡Abat te manda saludos!”. Es lo único que usted necesita para ser feliz. ¿Pero qué está mirando? Muéstreme la plata otra vez, o ella desaparecerá más rápido de lo que se imagina. Bueno, ya me cansé de decirle qué hacer. Vaya y agarre su destino con las manos. No nos vamos a casar ni le voy a hacer la cama. Solo tengo espacio en mis bolsillos y su dinero no se va a volar de ahí. ¡El resto depende de usted!

Músa Cholí caminó hasta la salida, pasó por las casas de té y salió a la calle a través de las puertas abiertas de par en par. Momentos después aguardó a su mujer elegida. Esperó en aquel parque, al norte de la ciudad, justo detrás del terraplén. Allí era un poco más fresco. Era un buen lugar para los encuentros: no había nadie alrededor –incluso a esa hora del día– y el ruido de los trenes de carga ahogaría cualquier sonido... incluso un grito humano, si en un arranque de oscuro instinto animal alguien se lanzara a asfixiar a su víctima. A la Serpiente le gustaba el parque y lo observó complacido mientras esperaba a su elegida.

–¡Hola, Aynabát!– saludó a la mujer, cuando ella salió por la curva de un callejón. Ella parecía confundida ante Cobra.

–¡Abat te manda saludos!

La Serpiente ofreció llevar sus bolsas amablemente, dándole a entender que si ella se lo pedía, las cargaría hasta cualquier lugar sin importar la distancia.

–Gracias, pero no conozco a ninguna Aynabát. Y Abat: ésa soy yo. ¿Así que me está diciendo que yo misma me envío saludos a través de usted?

La Serpiente se quedó sin palabras.

–¿Cómo es posible? ¿No tiene usted una prima que se llama Abat? Una vendedora del bazar... ¡Yo mismo la vi con mis propios ojos!

La mujer se burló.

–¿Ya empezó a comerciar con sus primos también?

La Serpiente entendió que estaba en una situación embarazosa y volvió a sentirse presa de los nervios. La amistad terminaría incluso antes de haber comenzado. Debía arreglarlo rápido. Como no tenía experiencia con las mujeres, sabía que no iba a llegar a nada si no usaba sus encantos naturales. Su mirada penetró en la suya lentamente. Ella sucumbió a la hipnosis, adentro en el corazón, donde se anularon todas las fuerzas que intentaban resistirse a él. Su voz se volvió imperativa y mandante, y una sensación cálida fluyó mágicamente por el cuerpo de la víctima.

–Comerciar, naturalmente; hacer negocios... con primos y primos segundos... Un bazar es un bazar, y allá solo hay que acordar un precio... Lo demás es opcional... Yo te adquiriré por el precio que cuestas: ni más, ni menos...

La mujer trató de resistirse a la mirada terrible, pero no le bastaron las energías y se vio obligada a rendirse. Ni siquiera se dio cuenta de lo cerca que estaba del desconocido y pronto se encontró en sus brazos. Iban como enamorados, tomados del brazo por el callejón. Ahora que por fin había caído en sus redes, el desconocido manifestó cortésmente su deseo íntimo:

–Permítame cenar con usted mañana.

–Me siento mareada...– reconoció la mujer. –Dígame, ¿es miembro del Partido?

Un desagradable calor recorrió el cuerpo frío de la Serpiente. Se asustó:

–¿Cómo dice...?

–Que si es usted demócrata u otra cosa.

La Serpiente, que ya estaba convencida de haberse convertido en ser humano, admitió que no era más que una cáscara hueca y que debía recurrir a un truco nuevo.

–Antes de responder a su pregunta, me gustaría saber lo que usted piensa: ¿es bueno o malo ser un miembro del Partido?

La mujer miraba su cara fijamente, pero ahora con ternura y calidez.

–Por supuesto que es bueno. Eso lo convierte automáticamente en ciudadano y patriota. Solo tiene que pagar una cuota de afiliación y recibir la tarjeta de membresía del Partido Comunista, que ahora se llama “Partido Democrático”... obviamente, el partido soberano. Usted sabe: en nuestro mundo possoviético, como dicen por ahí, “raspa un poco a un demócrata y encontrarás a un comunista...”. Así es la vida... Usted es, según veo, algún tipo de oficial. No se necesita mucha experiencia para adivinarlo. Pero hay algo que me asombra: ¿Por qué va a pie? Usted debe sentarse en el Parlamento, ¿no? ¿O es un científico, o un alto oficial que le preocupa su condición cardíaca...?

Esta vez la Serpiente no tuvo que mentir:

–Todos los medios de transporte me producen dificultades orgánicas. Mi verdadera naturaleza se rebela contra ellas...

–Entiendo...– dijo la mujer, comprensivamente. –En su trabajo es necesario estarse moviendo. A veces en avión, o en tren. Y cuando se baja del tren, siempre lo espera un vehículo. ¿Cómo no cansarse de eso? En

sus ojos sin armas veo que no le preocupa el dinero. Incluso me atrevería a pensar que usted trabaja en el Politburó, porque me estoy dando cuenta de que no termino de conocer a todos los que trabajan allá... Yo trabajo con asuntos culturales y también tengo un poquito de ganado.

Músa Cholí escuchó atento cada palabra y entendió bien que la apariencia y la ropa no son garantías para parecerse a un humano digno de respeto y atención. Quizás tendría que volverse miembro del Politburó, o del Parlamento. Se preguntó cuánto le costaría acceder a una posición así.

—¡Continúe! ¡Continúe por favor!— dijo él y decidió acudir a la adulación para obtener la respuesta que buscaba. —Usted tiene una voz tan agradable, que la podría escuchar por horas. ¿No ha considerado cantar ópera? ¡Tiene todo el talento! ¿O es que usted sí canta? También me interesa mucho todo lo que dice sobre el Politburó...

Su astucia funcionaba mejor que sus encantamientos de serpiente. Era un maravilloso descubrimiento para Cobra: ¡así podría ahorrar mucho veneno!

—Le presentaré mañana a mi amiga Nabat. Es una chica encantadora y soltera como yo. Somos colegas. Ella tiene un amigo en el Politburó que es muy inteligente y de muy buenos modales. ¡Sentarse a la mesa con él es una dicha! Uno escucha cosas tan interesantes que parecen de mentiras. Los amigos del Politburó viven como príncipes.

Abat miró de nuevo y con ternura a su compañero de conversación.

—Sí, ellos tienen un trabajo muy culto. ¿Qué cree usted? ¿La cultura podría prescindir del Politburó?

El reptil estaba perdido...

—Confieso que nunca me lo había preguntado antes.

—¡Por supuesto! ¡No se puede! Tal Tagán es el guardián de todo lo exquisito. Eso incluye al arte y a la ideología. Él fue miembro del Partido desde Stalin: mil novecientos cincuenta y dos. Tal Tagán es nuestro orgullo y el futuro de nuestra tierra. Aunque usted debería saber que...

Músa suspiró discretamente: "si ella tan solo supiera...". Pero se apresuró a asegurar:

—Claro, yo lo conozco.

—Solo tenga paciencia y lo verá mañana con sus propios ojos. ¿En qué trabaja usted?

Músa se echó hacia atrás como si alguien le hubiera pisado la cola. Una vez más se vio sorprendido.

—Usted comprenderá... que he estado tan ocupado en sobrevivir que ni siquiera he tenido tiempo de pensar en mi profesión. Entienda que el desierto en estos días...

—¡Entiendo! Usted es geólogo. Por eso no lo conozco. Si estuviera en el negocio del ganado ya sabría quién es, pues me rodeo constantemente de ganaderos.

—¿Cruzan constantemente su camino con sus rebaños, quiere decir?— preguntó Músa, arrugando la nariz como para olfatear. —¡Ellos están por aquí!— dijo, señalando con sus dedos largos hacia la ancha mandíbula.

—Qué cosas dice... y a mí cómo me gusta la carne...— dijo dulcemente la joven mujer, fundiéndose más en los elogios de la Serpiente. —Entiendo que la vida en el desierto es difícil para usted... Usted, con su equipo de perforación, y el otro con sus ovejas, fastidiándose mutuamente. Me imagino que ellos se quejan ante las autoridades porque ustedes “destruyen los pastizales”, ¿no? Yo los conozco, acuden todo el tiempo al Politburó. Pero en este asunto lo apoyo. Pienso que si no se perfora el desierto, no habría ni gas, ni petróleo. ¿Cómo habría progreso? Podemos comprar la carne en Australia si tuviéramos que hacerlo, ¿pero el gas y el petróleo? Difícilmente. Es bueno que tengamos un desierto tan lleno de recursos ¡y a ustedes los geólogos! Me encanta su profesión, ¡debería seguir siéndolo!

—Bueno...— asintió la Serpiente —no tenemos muchas opciones...

—Entonces mañana lo espero para presentarle a Tal Tagán. Y para presentarle a Nabat. Mañana se reunirá el Politburó y Tal Tagán se encontrará con Nabat (como siempre acostumbra después de las reuniones). Habrá vodka ruso y todos los chismes del Partido. Piénselo: eso no se ve todos los días. Espero que no diga que no. Pero todavía no entiendo, si me disculpa, ¿tiene la tarjeta de membresía del Partido?

Músa sacó un pequeño libro rojo del bolsillo.

—¿Se refiere a esto? Yo me uní al Partido más o menos al mismo tiempo que Tal Tagán. Recuerdo que el líder todavía estaba vivo en esa época. Mire la fecha: comienzos de mil novecientos cincuenta y dos.

—¡Para ser sincera, usted me ha causado una excelente impresión!— dijo Abat, profundamente conmovida. —Además, su forma de pensar es la misma de nosotros... así que nos la llevaremos bien. Espero que todos se alegren de conocerlo. Como siempre estoy cerca de los miembros del Politburó, puedo decir qué *cadres*⁵⁷ valen la pena. Querámoslo o no, sin las relaciones con los miembros del Politburó uno queda al margen de la vida política del país. Si se vuelve jefe de algún departamento, yo podría ser su delegada, y, no lo olvide: en el área de cultura... ¡Porque, oh, cómo amo la cultura! Aquí es donde vivo. Parece que se hubiera detenido el tiempo. Ni siquiera noté que estábamos tan cerca... Pero así pasa cuando a uno le gusta una compañía. ¡Usted es todo un hallazgo! Espero que nos honre con su presencia mañana.

—Por supuesto.

Después de despedirse de Abat, la Serpiente recorrió la ciudad hasta la noche. Entonces cambió su forma y se escondió en un oscuro y húmedo sótano.

⁵⁷ Miembros élite del Politburó.